

## II

### LA JUVENTUD DE TIBERIO

**H**E dicho que el poder absoluto parece algunas veces una necesidad; pero que es siempre un mal, y jamás será un principio. Me he equivocado: el poder absoluto es algunas veces un principio de disolución para las sociedades, de desmoralización para los individuos.

Todo axioma necesita demostrarse, y desgraciadamente es muy fácil la demostración del que antecede. Por lo concerniente a las sociedades, la historia se ha encargado de responder en diferentes épocas y por diversos desastres. Por lo que toca a los individuos, tenemos ante nosotros un ejemplo memorable que completa y resuelve victoriosamente el problema.

Para medir los efectos que produce el poder absoluto en un hombre, pongámonos en algunos casos. Supongo que elegís un príncipe de un amor benevolente y fácil, o de un carácter dulce y jovial, o de un temperamento indolente y voluble, tendréis un reinado bastante tranquilo, con Ministros que dominan y que mientan, con queridas que se sucedan y engañen; pero nada

notable, si no es el envejecimiento de la nación, que sufre una no interrumpida serie de golpes y de oprobios. Si por el contrario, elegís una naturaleza excepcional y que participe más del bruto que del hombre, con apetitos groseros, instintos bajos y una inteligencia limitada, tendréis una bestia feroz embriagada desde luego por el poder, extraña a la humanidad y a la razón: tal como la historia de Roma las presenta desde el primer siglo del imperio.

Pero la cuestión queda establecida de una manera más eficiente, si encontráis un hombre bien dotado por la naturaleza, de grande inteligencia, firme y cultivada, descendiente de una noble raza, de un carácter frío y una salud inalterable, soldado generoso, buen General, administrador capaz, rodeado de excelentes servidores, sostenido por los consejos de la madre más astuta y más hábil, favorecido a menudo por la fortuna, llevado sin esfuerzos a la grandeza, colocado primero muy cerca del poder absoluto, tocándolo casi, renunciándolo después, apoderándose luego de él, y concluyendo a la edad de cincuenta y seis años por dominar solo el mundo; si este hombre se altera gradualmente, se transforma hasta llegar a ser un día la execración del género humano, confesad, señores, que el ejemplo será decisivo, la demostración seguida, desarrollada, perfecta. Preciso será convenir que las pasiones excitadas por el contacto del poder absoluto, el temor y la envidia, las esperanzas sin límites y las alarmas sin nombre, los apetitos provocados o contaminados, satisfechos o disimulados, la amenaza diaria de los favores sin razón, o la desgracia sin remedio, la necesidad de lisonjear y de mentir, el derecho de atreverse a todo, a condición de fingirlo todo, la inmoralidad de un incentivo perpetuo, el desprecio creciente para los que obedecen con servilismo y para el que manda a tales servidores, la embriaguez del orgullo excitado hasta el delirio o dismi-

nuido hasta el disgusto de sí mismo, preciso es reunir, repito, que todas esas alternativas enervan el alma, la turban, la vuelven frenética, hasta el punto de no ser dueña de ella misma, el día en que se la llama para gobernar el mundo. Tal déspota, al subir al trono, no es en realidad otra cosa que el esclavo más digno de compasión.

Después de lo que acabo de decir, habéis nombrado a Tiberio, y en efecto, señores, vamos a estudiar a Tiberio, no bajo el punto de vista histórico que es bien conocido, sino bajo el psicológico. Es mucho pretender, es verdad, porque si sus contemporáneos no consiguieron penetrar el alma de Tiberio, ¿cómo nosotros, la posteridad, puede creerse tan perspicaz? Propiamente hablando, haremos un estudio de historia natural: imitaremos a los sabios cuando se les presenta un animal desconocido; antes de juzgar, observan, analizan sus formas, comparan sus elementos constitutivos, y concluyen por diseccionarlo, de manera que después de haberlo descompuesto, hacen resaltar sus principales caracteres para luego clasificarlo.

Ese método de historia natural es el único aplicable a Tiberio; sin embargo, no os prometo conseguirlo y salir vencedor en la empresa, no obstante que no me espantan las contradicciones de talentos muy elevados que se han esforzado en comprender a Tiberio y le han juzgado del modo más opuesto.

Los unos le han tenido por un hipócrita sanguinario; los otros por un hombre de Estado calumniado. Estos últimos debieron dar principio por debilitar el testimonio de Tácito, y de Suetonio, diciendo: Tácito es un pintor que recarga su paleta, y cuyas sombras son muy oscuras; es preciso desconfiar; Suetonio un narrador que recoge anécdotas sin discutir las, un espíritu superficial que merece poco crédito. Pero se olvidan de dos cosas que la verdad exige tener siempre presentes en la

memoria, y que pelearo me inspiran un gran respeto por Tácito y una viva atención por Suetonio. Se olvidan de que Tácito vivió pocos años después de Tiberio, que fué un personaje oficial, cuya carrera política comenzó en el reinado de Vespasiano, continuó en el de Domiciano, y en el de Neva obtuvo el consulado, la segunda dignidad del Imperio, y que Suetonio fué el secretario del emperador Adriano, que vivió en el palacio imperial, en el corazón de los negocios, y en medio de los archivos más secretos, que manejó las cartas y las memorias de Augusto, de Tiberio y de Agripina, que estuvo en la fuente y recogió los recuerdos apenas fríos, las tabletas de los libertos, y las tradiciones vivas aún del Palatino. Debemos, sobre todo, tratar a Tácito con respeto, no solo porque fué un gran ciudadano, un moralista, y una privilegiada inteligencia, sino porque ha guardado cierta reserva, que le imponía su carácter oficial. No dice todo lo que sabe, y por lo mismo debe creerse cuanto refiere.

La historia de los juicios pronunciados sobre Tiberio en los tiempos modernos cambiaría nuestro programa, y bástenos saber que en los últimos quince años se ha pretendido en diferentes países rehabilitar la memoria de Tiberio. Se ha hecho notar, lo que era fácil, que tenía valor personal, que mandó con habilidad en su juventud la fuerza armada, que administró las provincias con pericia en su edad madura, y que sus cualidades políticas si no son bastantes para pronunciar su absolución, podrían hacer echar un velo sobre sus vicios secretos y algunos de sus momentos de crueldad. Se han alegado las conspiraciones, la costumbre de los combates de los gladiadores que habituaban a los romanos a la vista de la sangre, y por último, la famosa doctrina de la salud del Estado. Estas rehabilitaciones se han emprendido sin pensamiento ulterior y sin lisonja, es verdad; pero si muchos príncipes han permitido que

sus cortesanos les comparen con Augusto, ni uno sólo habría que aceptase esa comparación con Tiberio.

La obra en que tamaño trabajo se ha emprendido, apareció en Alemania, es decir, en el país de la libre crítica y de las hipótesis atrevidas, y Mr. Stahr refiere la vida de Tiberio con mucha mayor parcialidad de la que Plutarco tenía para sus héroes. Además, señores, es conveniente que os advierta que también Linguet escribió en muy buen francés, y con gran indignación de La Harpe, una analogía de Tiberio.

Yo simplemente os ruego, que por algunas horas (porque serán necesarias algunas conferencias para tratar el asunto), borréis todo recuerdo de vuestro espíritu, todo juicio o preocupación, todo sentimiento de admiración o de repulsión hacia Tiberio. Suponed que os es completamente desconocido, como he tratado de persuadirme a mí mismo antes de empezar mis estudios en los historiadores y sobre los monumentos, con objeto de ser en lo absoluto independiente absolutamente imparcial. Para comodidad del análisis, dejadme dividir la vida de Tiberio en varias épocas, y tratemos de reconocer qué clase de ser va a representarse a nuestros ojos, si es un monstruo con rostro humano, un príncipe ordinario simplemente pervertido, o un grande hombre calumniado.

Comenzaremos por examinar su juventud, esto es, la edad en que los instintos buenos y malos se manifiestan más libremente, y para no despreciar ningún elemento, imitemos a los naturalistas, que consideran primero la familia del "sugeto," explicando alguna vez el individuo por el tipo general. Tiberius Claudius Nero, pertenecía a la familia Claudia, una de las más ilustres de Roma, que hacía remontar más alto que otra alguna la insolencia de la sangre patricia. Descendía de Apio Claudio que fué de las montañas de la Sabina con todos sus clientes, maltratando desde entonces a todos

los plebeyos. Los Claudios nacían bajo un astro muy variable; sucesivamente, presidían su nacimiento un genio bueno o malo, de manera que eran útiles o funestos a su patria, lo que es propio de las razas violentas, que siempre se ven arrojadas a los extremos por el ardor de su temperamento combinado con las circunstancias.

Por eso contemplamos a Apio Claudio el Ciego, que levanta por su carácter, su elocuencia y su autoridad, el abatido espíritu de los romanos vencidos por Pyrró, preparando los futuros triunfos de la República: a Apio Caudex que en la primera guerra pública pasa la Sicilia, y ataca y derrota a los Cartagineses; a Apio Claudio Nero, atacando a Asdrubal, en el momento en que procuraba unirse con su hermano, derrotarle, matarle y arrojar su cabeza al campo de Anibal. Estas eran obras del buen genio.

Veamos el otro lado. La familia Claudia produjo al famoso decenviro, tirano de un país, destructor de las leyes que había él mismo promulgado y verdugo de la hija de Virginius: a Apio, llamado también Druso, que se levantaba a sí mismo estatus coronadas y armaba a sus clientes para esclavizar a Roma: a Apio el "Hermoso" que perdió su flota en Drepanes, (1) por un exceso de capricho o de impiedad, y condujo a una derrota cierta a los romanos, desmoralizados, por haber arrojado a la mar, los pollos sagrados. A la hermana de ese mismo Apio, que paseando en carro por las calles de Roma, y no pudiendo avanzar por la muchedumbre, deseaba a gritos que su hermano volviese a la vida y qué procurase una nueva derrota, para que diezmando el pueblo no le impidiese el paso. A un Clodio, en fin,

---

(1) Hoy Trapini. N. T.

que adoptado por un plebeyo aspira al tribunado, destierra a Ciceron, llena a Roma de espanto y de sangre, y a la cabeza de una banda de foragidos, se hace matar por Milon, en la emboscada que él mismo le había preparado.

Ya lo véis: todo en esa familia era extremo; pero con excepción de Clodio el tribuno, todos habían tenido para el pueblo el más absoluto desprecio, combatido sus derechos; y apaleado a sus tribunos, a pesar de su inviolabilidad. De manera que Tiberio algo tenía de esa raza vigorosa, enérgica, dura y de carácter tan áspero, como las montañas de la Sabina. En toda familia, los miembros no son igualmente distinguidos: hay siempre una ley de reposo, algunas generaciones de transición entre los hombres eminentes, como para los campos una época de descanso. El padre del que ahora nos ocupamos, nació en uno de esos intervalos. Llamábase también Tiberius Claudius Nero. "Néro" es una palabra sabina que quiere decir "fuerte, robusto," (1) de ella se formó un apellido, para substituirlo al de Lucius, al que renunció la familia, porque dos de sus antecesores que lo habían llevado, fueron asesinos y ladrones de camino real. A la aspereza de los Claudios debe agregarse un instinto sanguinario.

El padre de Tiberio, era por lo contrario, de un carácter dulce, vivió sin fausto y apenas figuró en una muy mediana escala. El hecho más prominente de su vida, después de haberse filiado en el partido de Antonio, fué haber hecho la paz con Octavio, cediéndole a su mujer. Casóse con la célebre Livia cuando apenas tenía catorce años, ésta le hizo padre de su primogéni-

(1) Del griego neura, que es su primitivo origen.  
N. T.

to Tiberio, y estaba la misma en cinta de su segundo hijo, cuando el triunviro la vió. Para el terrible Octavio, ver, desear, mandar y ser obedecido, era una sola cosa. Tiberio Nero lo comprendió perfectamente, y repudió a Livia. Nada de censurable encontraron en esto los Pontífices, a pesar de que atacaba tal precipitación a la ley y al culto. Cuando el niño, que fué Druso, nació en la casa de Octavio, éste le envió a su padre que murió algunos años después.

Luego que Livia estuvo segura de su ascendiente sobre Augusto, hizo llevar sus dos hijos al Palatino. Tiberio, que entonces contaba nueve años, era un pequeño prodigio, ya había pronunciado ante una numerosa multitud, en la tribuna del Forum, el elogio fúnebre de su padre. Inútil sería garantizar que el mismo Tiberio hubiera escrito ese elogio, nadie lo creería; pero presentarse ante el público, pronunciar el discurso con una voz sostenida, tener la memoria y la calma necesaria, era en un niño de nueve años, un esfuerzo que excede a lo ordinario. A pesar de esto, su infancia fué triste y sombría. Suetonio lo dice, y diferentes razones lo confirman. En el Palatino no mejoró su condición, porque Livia, que no teniendo hijos de Augusto, le prefería como a primogénito, y concentraba en él todas sus atenciones, le vigilaba con severidad.

No olvidéis, señores, cuál era el carácter de Livia. Fría por temperamento, sus costumbres eran rígidas, su vida austera y grave, y teniendo tanto imperio sobre ella misma como sobre Augusto, medía sus palabras y arreglaba su gesticulación. Por el amor de Tiberio no retrocedió ni ante el crimen; y si nutría grandes pensamientos, no tenía para su hijo ni las caricias ni la bondad que hacen que un niño crezca confiado y feliz.

Augusto no amaba a Tiberio, tanto por su origen

que despertaba celos retrospectivos y desagradables recuerdos, como por una repulsión natural; prefería a Druso. En su vida íntima, Augusto era picante y cáustico; todo debía sonreír a su derredor, y Tiberio tenía una figura seria, grave, y sus facciones estaban contraídas antes de tiempo. Era el lunar entre las amables fisonomías de Druso y de Marcelo, lleno de gracia y de belleza, heredero presunto del imperio y sobrino de Julia, hija del Emperador.

La mala voluntad de Augusto se demostraba por las burlas que herían el orgullo del niño, y por las palabras punzantes que le dirigía y que luego repetían las personas de su intimidad. Augusto, que se burlaba de Mecenas, de Agripa y de Horacio, no perdonaba al niño, y él fué sin duda el autor del apolo, de "el viejecito," con que los libertos y aun los esclavos lo señalaban sin miramiento. Después, cuando Tiberio hacía sus primeras armas contra los Cántabros, incurrió en la falta de inclinarse al vino de España, Augusto no lo olvidó, y se complacía en repetir los equívocos que habían cambiado en nombres ridículos los tres de Tiberio. Le llamaban "Biberius," ("bibere") beber, "Caldius," (vino caliente), "Mero" ("merum,") vino puro. Estas chocarrerías de los soldados, que os doy a conocer porque valen la pena, encontraban eco en el Palatino.

Tiberio tenía demasiado orgullo para no sufrir, y muy poca gracia para desarmar a los burlones, así es que más se concentraba y se apartaba de la sociedad. Los consejos de Livia, llenos de prudencia y de finura, pero más a propósito para un hombre que para un niño, apresuraban la madurez de un espíritu sin juventud.

Sin embargo, Tiberio era capaz de afecciones. Se unió íntimamente a Marcelo su camarada de juegos, que

era de su misma edad y que pronto debía presentarse en una pública ceremonia. Augusto no quería rehusar a Livia ninguna satisfacción, y cuando él entraba solemnemente sobre un carro triunfal, se veía a Marcelo a la derecha del carro y a Tiberio a la izquierda. Después de la batalla de Actium, por ejemplo, cuando se celebraba con juegos esta victoria, desde la que se cuenta la era de la servidumbre para los romanos, y de la gloria para Augusto, o cuando se imitaban los juegos troyanos cantados por Virgilio, los individuos que a caballo tomaban parte en esos juegos, eran unos mandados por Marcelo y otros por Tiberio. Había, pues, una especie de igualdad exterior, que se rompió así como la intimidad que entre ellos existía luego que Julia se casó con Marcelo, quien a poco tiempo murió teniendo apenas diecinueve años.

Otro afecto tuvo cabida en su alma, el de su hermano Druso. Como si el mayor hubiera tomado del seno de la madre toda la violencia y aspereza de la raza, el menor estaba dotado de todas las cualidades de la dulzura. Más tarde pintaremos ese género natural, tan caro a los romanos y que inspiró a Tiberio un verdadero culto. Como por el tiempo que ha transcurrido debemos medir los sentimientos por pruebas y no por suposiciones, examinemos la conducta de Tiberio en una dolorosa circunstancia, Druso, que mandaba el ejército del Rin, fué atacado de una enfermedad mortal. Sábelo Tiberio, y partiendo al momento de Roma, atraviesa los Alpes, las llanuras, los ríos y hasta haciendo doscientas millas romanas en un día, llega oportunamente para abrazar a su hermano y recibir su último suspiro. Sin detenerse a tomar el mando, vuelve a dirigirse a Roma llevando el cuerpo de Druso, acompañando a pie por todo el camino aquel fúnebre convoy. En Roma le tributa los honores póstumos, pronuncia

su elogio fúnebre en la misma tribuna en que dijo el de su padre, y sólo cuando acabó de cumplir con todos esos deberes, se volvió a la Germania para ponerse a la cabeza del ejército.

En esa época, Tiberio no tenía interés en ser hipócrita, para captarse la benevolencia de Augusto que desconfiaba de Druso, del que se aseguraba que suspiraba por la república y al que señalaban por única esperanza los amigos de la libertad. De lo que se deduce, que al demostrar Tiberio tan vivo dolor por la muerte de su hermano, obedecía a un verdadero sentimiento y no al deseo de captarse la estimación del emperador. Tuvo también otros amigos, Messala Corvino que le enseñó la historia, la literatura y la elocuencia Lucilio, que fué senador: Sejano, que merece que nos ocupemos de él separadamente, y Flaco, simple caballero, después Prefecto de Egipto, que sobrevivió a Tiberio y fué quizá el único de sus compatriotas que le lloró con sinceridad.

No me parece indiferente, señores, para establecer los primeros elementos de nuestro análisis, patentizar que si Tiberio tuvo una infancia sombría, no fué un monstruo desde su nacimiento, y que por el contrario, poseía una alma tierna, la necesidad de unirse a alguien por el cariño y por el sentimiento de la amistad, capaz si no de expansión, a lo menos de fidelidad.

Respecto a las afecciones de otra especie, de aquellas de que es objeto la mujer, me permitiréis que me ocupe de ellas y que no retroceda ante cierta precisión. Tiberio se casó siendo muy joven. La hija de Agripa no contaba más que un año cuando Livia la hizo prometer a Tiberio: Agripa era el yerno de Augusto y su sucesor, Agripina Vipsania, (así se llamaba la primera mujer de Tiberio) era nieta de Atico el amigo de Cicerón. Inspiró a su marido un amor sincero y vivió con

él en buena inteligencia, haciéndole padre de dos hijos, el primero al que se dió el nombre de su tío, Druso; el segundo no había nacido, cuando se sujetó a Tiberio a la prueba impuesta a su padre Tiberio Nero; esto es, que tuvo que repudiar a su mujer, cuando se encontraba en la preñez. Agripa había muerto. y Augusto, que sin cesar sacrificaba a su hija Julia a sus cálculos dinásticos, y que se procuraba un yerno tan pronto como perdía el anterior, sin retroceder ante el incesto, ordenó a Tiberio que repudiase a Agripina para enlazarse con Julia.

En esa época, cuando una mujer era repudiada, lo que entraba en las costumbres romanas, y cuando lo era en estado interesante, lo que era exclusivo de las costumbres imperiales, no faltaba quien se encargase del precioso depósito; así es que Asinio Galo, hijo de Asinio Pollio, amigo de Augusto y protector de Virgilio, Asinio Galo, repetimos, cortesano atrevido y espiritual, que para todo tenía una respuesta y al que nada inquietaba, ni aun el oprobio, tomó a Agripina. Asinio comenzó por decir como en secreto, que el niño que iba a nacer tenía de él algo más de lo que pudiera suponerse, y que aun con Druso, el primogénito, le ataban fuertes lazos. (1)

Si ese impudente decía verdad, Tiberio fué engañado desde el principio de su matrimonio; desgraciado si lo comprendió; ridículo si sólo los demás lo supieron, y en tonces sería caso de exclamar: no, "horrible Tiberio," sino "¡pobre Tiberio!"

Mi creencia es, que Asinio Galo mentaba; que procuraba justificar una bajeza por una calumnia, y que hacía la corte a Augusto con detrimento de Tiberio, obje

(1) "Dion Casio, LVII, 2."